

Una Iglesia liberadora y cordial

Rasgos liberadores desde una eclesiología del corazón



Vicenc Miró Morey

Introducción

En el presente trabajo intentamos presentar la eclesiología del corazón, situándola en el modelo eclesiológico¹ liberador.

Por eclesiología del corazón entendemos aquella que acentúa los aspectos cordiales del plan salvífico del Padre sobre la humanidad: El amor de Dios revelado en Corazón de Jesús. “A Dios nadie lo ha visto” (1 Jn 4,13), pero en el Verbo que se hizo carne y habitó entre

¹ Podemos hablar de tres modelos eclesiológicos: a) Iglesia Comunión: es el modelo de la época patristica, y que ha recuperado el Concilio Vaticano II; b) Iglesia Autoritaria o de Cristiandad: es el modelo que ocupó todo el segundo milenio, que resalta los aspectos jurídico-institucionales; y c) Iglesia Liberadora o Solidaria, que es la que nace en América Latina a partir de la opción por los pobres. Cf. CODINA, V., *La Eclesiología desde América Latina*, 121-122; SOLER, M., *Una Iglesia Cordial*, 22-28.

nosotros hemos contemplado su gloria (cf. Jn 1,18), es decir, su amor². Hemos conocido como nos ama el Padre en la manera en que Jesús amó a la humanidad, con especial preferencia a los pobres y excluidos, a los que nadie amaba. De tal manera que el corazón de Jesús es el Corazón Humano de Dios. Él nos amó hasta las últimas consecuencias, hasta ser ejecutado en la cruz: Traspasado por la lanza del dolor se solidarizó con todos los traspasados de la historia.

Pero el amor es más fuerte que la muerte (cf. Ct 8,6; Sl 63,4): el Padre resucitó a Jesús, dando así prueba de su amor fiel en favor de las víctimas de la historia, dando validez al mensaje de amor que predicó y vivió Jesús. Este acontecimiento tan inesperado como maravilloso llenó de alegría a los discípulos que él había convocado durante su vida terrena, precisamente para instaurar el Reino. Ahora ellos, llenos del Espíritu Santo, debían continuar la predicación del Evangelio; constituidos en comunidad por la efusión del Espíritu, debían ser signo del amor que Jesús les había tenido. Por eso, la Iglesia debe seguir a Jesús en su manera de amar a los pobres; por esto siempre tiene que volver la vista hacia él, releendo continuamente los evangelios, y recordando sus gestos de amor para hacerlos presentes a lo largo del tiempo.

En esta eclesiología del corazón también se tiene muy presente la figura de María, la mujer totalmente abierta a la palabra de Dios, hasta tal punto que esta palabra se hizo carne en sus entrañas, deviniendo así la Madre del Salvador. Ella fue la mujer de la escucha de la Palabra, que guardaba todo en su corazón (Lc 2,51). Permaneció fiel al pie de la cruz, junto a su hijo Traspasado, contemplándolo. Ella es modelo de la Iglesia: es la primera en seguir a Jesús, la primera redimida. Es la madre de la Iglesia (cf Jn 19,25-27) e invita a esta a ser, como ella, oyente de la Palabra y contempladora del Traspasado.

Por modelo eclesiológico de la liberación, en el que queremos situar la eclesiología del corazón, entendemos aquel modelo eclesial surgido en América Latina después del Concilio, que mostraba una Iglesia preocupada por la liberación de los pobres, siendo ellos la mayor parte del pueblo latinoamericano. Es una Iglesia que opta por los pobres, y así lo expresó tanto en sus documentos magisteriales (Medellín, Puebla, Santo Domingo), como en la reflexión teológica, como también en la práctica eclesial de muchas comunidades comprometidas con la liberación histórica de los desheredados de la tierra.

1. La eclesiología del corazón

Después de la presentación que hemos hecho de la eclesiología del corazón, vamos a profundizar un poco más en sus rasgos característicos.

En primer lugar contemplaremos un episodio bíblico referencial para nuestra eclesiología: Jesús en la cruz, con el costado traspasado del cual brotan sangre y agua; María, firme al pie de la cruz, con su corazón también traspasado por la espada de dolor. Ellos son el símbolo más elocuente del amor de Dios.

En segundo lugar, presentamos los rasgos característicos de esta eclesiología: la acogida como nota característica (dimensión horizontal) y su capacidad de ser cauce para la trascendencia, puente que une la humanidad con el Dios de la vida (dimensión vertical). Ambas impulsan a esta iglesia a ser buena noticia para toda la humanidad; buena noticia que, en la vida de los pobres, se traduce en denuncia de las injusticias que sufren: es la misión profética de la Iglesia.

² Que la gloria de Dios es su amor lo podemos deducir de las palabras de San Ireneo: “La gloria de Dios es que el hombre viva”; siglos más tarde, otro pastor y mártir de la Iglesia, Mons. Óscar Romero lo expresó con palabras semejantes: “La gloria de Dios es el pobre que vive”.

En tercer lugar presentamos la dimensión trinitaria que debe tener toda eclesiología, a partir de los principios eclesiológicos básicos; estos, a su vez, hacen referencia a las tres imágenes con las que el Concilio Vaticano II define a la Iglesia: Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, Templo del Espíritu Santo.

1.1. El icono de los Traspasados: Jn 19,31-37

Entre todos los textos bíblicos referidos a la Iglesia, la eclesiología del corazón se centra sobretodo en este icono: Jesús, con el costado traspasado, del que brotan sangre y agua (cf. Jn 19,34); María, junto a su hijo al pie de la Cruz (cf. Jn 19,25), con el corazón traspasado por la espada de dolor (cf. Lc 2,35).

La crucifixión en Jn es, sobretodo, una glorificación. Para el cuarto evangelista el crucificado, simultáneamente, es el resucitado. Aun así no podemos olvidar los aspectos más dramáticos de lo que ha sido la crucifixión de Jesús: ha sido ejecutado porque, con su opción hacia los más pobres y los excluidos, molestaba a los poderosos de su tiempo. Éstos, ya al inicio de su ministerio, querían eliminarlo (cf. Mc 3,6). Desde ambas perspectivas, lo más importante es que en esta imagen hemos podido comprender hasta donde llega el amor de Dios, manifestado en el corazón de Jesús, que entrega su vida por haber amado hasta el extremo (cf. Jn 15,13), hasta las últimas consecuencias.

De su costado brota sangre y agua. En esta fuente que mana de su costado podemos ver el Espíritu salvífico, aquella misma agua que brotaba del costado del templo (cf. Ez 47,1ss), fuente de salvación. Los Santos Padres también han visto en ella los sacramentos: el agua del bautismo y la sangre de la Eucaristía. La Iglesia nace del costado traspasado de Cristo. En este sentido apunta la comparación patrística de esta escena con el relato de Gn 2,21-22: Cristo es el Nuevo Adán; así como Adán cayó en profundo sueño y de su costado nació Eva, así también de Jesús “reclinado”, durmiendo en la cruz, de su costado, nace la Nueva Eva que es la Iglesia.

María, con el discípulo amado, al pie de la cruz, es otra imagen eclesiológica: ella es la madre del discípulo, la comunidad que mira al Traspasado. La mujer que guardó todo en su corazón, ha permanecido al pie de la cruz en el momento más difícil. La Iglesia está invitada a seguir contemplando al Traspasado en los traspasados de la historia, en los pueblos crucificados por las injusticias de nuestro mundo.

1.2. Una Iglesia según el corazón de Dios

La Iglesia es, sobre todo, Sacramento de Salvación; en los contextos en que nos situamos podríamos decir también que es Sacramento del amor de Dios (eclesiología del corazón) y, por ello, también, sacramento de liberación.

Sacramento es, sobre todo, signo visible que “representa” una realidad que no se ve. A Dios no la visto nunca nadie (1 Jn 4,13), pero hemos contemplado su gloria (su amor) en Jesús, el verbo encarnado que habitó entre nosotros (Jn 1,18). En este sentido Jesús es “sacramento del Padre” haciéndolo presente en medio del mundo: “quien me ha visto a mi ha visto al Padre” (Jn 14,9). Nos lo hace presente en su forma de actuar en favor de la humanidad, especialmente en favor de los más pobres; también lo hace presente en la relación que establece con Él, en los momentos en que se retiraba solo a orar, o en los que enseñaba a sus discípulos a orar a Dios como Padre nuestro. De manera muy especial se muestra como Hijo (y en cuanto Hijo nos refiere al Padre) en el drama de la Cruz, ocupando el lugar que como Hijo no debería (tal vez éste sea el sentido de su lamento: “por qué me has abandonado”-Mc 15,34), de manera que es reconocido como tal por un centurión pagano: “realmente es el Hijo de Dios” (Mc 15,39).

Después de la resurrección y de la efusión del Espíritu, la Iglesia es el sacramento de Jesús: la comunidad es la que hace presente a Jesús ante la humanidad. No de manera sustitutiva, sino sacramental: lo “representa” no como un delegado, o como un actor desempeñando el papel de otro, sino haciéndolo “presente” en medio de la comunidad. La Iglesia no sustituye a Jesús, opacando su rostro, sino todo lo contrario: posibilita el encuentro con él.

La Iglesia, como sacramento de Jesús, lo tiene a él como causa ejemplar. ¿Cómo debe ser la Iglesia? ¿Qué sentimientos debe tener? Para responder a estas preguntas debe fijar los ojos en la persona de Jesús, en su manera de sentir y actuar (cf. Flp 2,5). La Iglesia según el corazón, se fija, sobretodo, en que Jesús “acogió” a todos, especialmente a los pobres y los pecadores. Jesús tenía un corazón acogedor: “Venid a mi los cansados y agobiados...” (Mt 11,28). La Iglesia, por tanto, debe ser acogedora. Se siente comunidad convocada por Jesús; sus raíces históricas son la comunidad de discípulos que convocó Jesús, que no eran precisamente ni los más religiosos, ni los más preparados: eran pobres pescadores, ignorantes de la ley, entre los que había funcionarios corruptos como Mateo (cf. Mt 9,9ss) y terroristas zelotas como Simón (cf. Lc 6,15).

No siempre la Iglesia se ha mostrado con estos rasgos cordiales de servicio y acogida. Durante mucho tiempo, a causa de condicionantes históricos, se ha mostrado más bien como una estructura rígida y autoritaria, que daba más importancia a la pureza de sus miembros que a la misericordia ofrecida al pecador. La Iglesia, si quiere ser discípula del Corazón de Jesús, debe imitar sus mismos sentimientos: optar por los pobres, liberar a los cautivos, acoger a los pecadores. Es una Iglesia que sobre todo se presenta como el hogar de los marginados y excluidos.

La Iglesia también quiere ser cauce para la trascendencia. Así como Jesús nos mostró el rostro del Padre, así también la Iglesia quiere ser instrumento para conectar a la humanidad con el Dios vivo. Quiere representar ante los hombres y mujeres de todos los tiempos la presencia amorosa de Dios. Como comunidad unida en el amor por el Espíritu Santo, quiere hacer llegar a la humanidad hasta el Padre, por medio de su Hijo, en el Espíritu Santo; es éste el sentido de la doxología litúrgica: al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo.

Sobre todo quiere mostrar el verdadero rostro del Dios de la vida ante la amenaza de los ídolos de muerte³. El problema actual de nuestro mundo no es el ateísmo, sino la idolatría. Los ídolos de muerte son hechuras de hombres a las que se les ha querido dar un valor divino, de manera que, una vez que se las adora, trascienden al mismo hombre que las creó y lo esclavizan: el capital, la moda, el poder político... son estos ídolos que quieren sustituir el verdadero culto al Dios vivo. Lo peor de los ídolos es que reclaman la sangre de las víctimas inocentes: guerras geoestratégicas para asegurar los recursos naturales (petróleo, minerales...), bolsas de pobreza y exclusión causados por el sistema, flexibilidad laboral que deja a los trabajadores a la intemperie, etc.

Es entonces cuando surge la misión profética de la Iglesia: tiene una gran noticia que anunciar, el amor fiel de Dios a la humanidad; y, a su vez, no puede sino denunciar el culto a los ídolos que sacrifican a los pobres de este mundo. La denuncia profética de la Iglesia no es fruto de la crítica destemplada y violenta de unos desadaptados sociales que siempre van contracorriente, sino del amor loco que un Dios que vela por las víctimas de nuestro mundo: “la gloria de Dios es el pobre que vive” (Romero).

³ Cf. SOBRINO, J., *Jesucristo liberador*, 235-250.

1.3. Aplicación de los principios eclesiológicos

La eclesiología del corazón, para ser equilibrada, debe respetar los principios eclesiológicos que a continuación vamos a presentar. Tener en cuenta estos principios no es otra cosa que tener en cuenta la dimensión trinitaria de la Iglesia. El principio de comunión hace referencia al Padre, bajo la categoría eclesial del Pueblo de Dios; el principio cristológico al Hijo, con la imagen de la Iglesia como Cuerpo de Cristo; el principio pneumatológico al Espíritu Santo, con la imagen del Templo⁴. A la vez estas tres categorías son las que utiliza el Concilio Vaticano II.

a) Principio de comunión: Iglesia Pueblo de Dios

La categoría Pueblo de Dios es uno de los grandes aportes del Vaticano II: resalta la dimensión comunitaria de la Iglesia, así como también la igualdad de todos los cristianos, ya que tanto los pastores como los fieles forman parte de este único pueblo de Dios. Es un pueblo que hunde sus raíces en el antiguo Israel, y que nace del gran acontecimiento de la Pascua de Jesús. En la Nueva Alianza, la pertenencia a este Pueblo de Dios no viene determinada por la pertenencia a un grupo racial, sino por haber participado, por medio del Bautismo, del misterio Pascual: “Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Ga 3,27-28).

Desde América Latina, la categoría “pueblo” amplía su significado en dos direcciones:

- 1) El “pueblo” son los pobres; el pueblo pobre latinoamericano es la Iglesia de los pobres. Lo “popular” hace referencia a la mayor parte de la población que tiene que luchar día a día por la vida.
- 2) El pueblo hace referencia a una cultura. Entendemos pueblo más como cultura que como nación (es decir, nación-estado), porque los límites de las naciones no siempre son respetuosos con los pueblos-culturas, y los estados muchas veces los discriminan cuando estos son minoritarios. Es el caso, en América Latina, de las culturas aborígenes, que tienen que luchar para mantener su identidad. La Iglesia, como Pueblo de Dios, es universal (reúne a todos los pueblos de la tierra); pero a su vez, se incultura en cada uno de estos pueblos, asumiendo su cultura y sus costumbres. Cada uno de estos pueblos, al asumir el cristianismo, se convierte en Pueblo de Dios. Es por ese motivo que la estructura básica de la Iglesia son las diócesis, y no otras estructuras a nivel estatal: las primeras están más cerca de la cultura a la que sirven y en la que de alguna manera se encarnan. En este sentido la Iglesia quiere hacerse cercana a todos los pueblos, asumir sus valores, encarnarse en su forma de vivir... de manera especial aquellos pueblos que son más olvidados. La Iglesia no puede imponer esquemas culturales importados, sino que se siente llamada a acoger (y ser acogida por) las culturas locales.

b) Principio cristológico: Iglesia Cuerpo de Cristo

La Iglesia es el Cuerpo de Cristo (cf. 1 Cor 12,27). Pablo explica la unidad de los cristianos en la pluralidad de carismas y ministerios por medio de esta metáfora. Todos los

⁴ La referencia de cada una de estas categorías a una determinada persona divina no es excluyente; Pueblo de Dios, por ejemplo, se aplica preferentemente al Padre; pero también es la nación comprada por la sangre del Hijo, o el pueblo que ha recibido la efusión del Espíritu. En realidad, cada una de estas imágenes es trinitaria; pero se aplican a ello algo semejante a lo que son las *apropiaciones* en la doctrina trinitaria: nombres divinos comunes a las tres personas pero que se aplican de manera preferencial a una de ellas en concreto.

miembros del cuerpo (de la Iglesia), aún desempeñando funciones diversas, son importantes, y lo que afecta a unos afecta a todos.

En las cartas déuteropaulinas (Efesios y Colosenses) se nota una evolución de esta imagen eclesiológica. Se afirma que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo; pero en este cuerpo se distingue a Cristo como cabeza, y a la Iglesia como el Cuerpo. Se destaca el carácter recapitulador de Cristo, no solo de la Iglesia, sino de toda la Creación.

Esta metáfora nos ayuda a entender la identificación de Cristo con el pueblo crucificado, salvando la individuación de su persona. Cristo ha resucitado y ya no muere más. Pero sigue sufriendo la crucifixión en el pueblo crucificado, porque éste es su cuerpo, del cual él es la cabeza. El pueblo sufriente, el pueblo traspasado, es el cuerpo histórico, todavía crucificado, del resucitado. Él, como cabeza, ya está resucitado; su cuerpo todavía peregrina a lo largo de la historia, esperando el fin de los tiempos. Entonces tendrá lugar el Cristo total, cuando llegue a su plenitud, a la nueva creación, no sólo la humanidad, sino todo el universo.

Esta imagen también nos pone en diálogo con la ecología: el medio ambiente también está traspasado por la contaminación, por la expoliación descontrolada de los recursos, por la destrucción de parajes naturales... El mundo natural también vive crucificado y traspasado, y en el desastre ecológico también se crucifica al cuerpo de Cristo (al Cristo cósmico). Al final de los tiempos esta creación herida será transformada en una nueva creación, junto con la revelación de los hijos de Dios (cf. Rm 8,20-21).

c) Principio pneumatológico: Iglesia Templo del Espíritu Santo

Se dice de la Iglesia también que es Templo del Espíritu Santo. El Templo de Jerusalén era el lugar donde habitaba la *shekinà* de Dios (la presencia de Dios); por medio del templo, Dios se hacía presente en medio de su pueblo. Pero en el NT sabemos que ya no se adora a Dios en ningún Templo, ni en Jerusalén ni en el Garizim (cf. Jn 4,21), sino en cualquier lugar, allí donde se reúna la comunidad: Donde dos o tres se reúnan en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mt 18,20).

El Espíritu Santo es el que hace posible la presencia del Padre y de Jesús en medio de la comunidad. El Espíritu Santo inhabita en los fieles como en un templo. Por eso la Iglesia es llamada Templo del Espíritu Santo.

Así como la referencia a Jesús le recuerda a la Iglesia la fidelidad al evangelio, a lo que se ha anunciado desde el principio, la referencia al Espíritu Santo introduce la apertura a la novedad de cada situación histórica. Es por la presencia del Espíritu que la Iglesia, abierta a los signos de los tiempos, se adapta a todo tiempo y lugar. El Espíritu es el exegeta que actualiza constantemente el mensaje del Evangelio.

Finalmente, al referirnos a la Iglesia como Templo del Espíritu, surge el tema de la inviolabilidad de los miembros de la comunidad. Los cristianos somos templos de Dios, y el Espíritu de Dios habita en nosotros (cf. 1 Cor 3,16). Cada muerte violenta que se produce en el continente latinoamericano, así como la que se produce en cualquier lugar del mundo, es una violación del Templo del Espíritu que somos todos.

2. Las notas en la Iglesia Cordial

Las notas de la Iglesia son las señales que notifican donde está presente la Iglesia de Cristo. Durante muchos años fueron utilizadas de manera apologética, contra las otras confesiones cristianas. Hoy pueden ser más bien señales para saber y discernir si nuestra Iglesia es fiel a al proyecto de Jesucristo. A la vez, nos puede ayudar a descubrir signos de eclesialidad en las otras comunidades cristianas.

2.1. *Unidad y unicidad*

Jesús quiso que los cristianos permanecieran unidos. Es la unidad en el amor, obrada en la comunidad por el Espíritu Santo. A esta unidad se refiere Pablo, en diversas ocasiones, en la carta a los Corintios.

Que la Iglesia es una también expresa su unicidad: hay una única Iglesia de Cristo, que “subsiste” en la Iglesia Católica⁵. Esta palabra, “subsiste”, indica que la Iglesia Católica es la Iglesia de Cristo, pero no de manera exclusiva: hay muchos elementos de eclesialidad fuera de la Iglesia Católica; las Iglesias separadas son reconocidas, por el Concilio Vaticano II, como verdaderas Iglesias de Jesús. El hecho de la separación, en la Iglesia, en varias confesiones (separación que muchas veces se ha producido de manera violenta) es fruto de errores del pasado, de los cuales también ha participado la Iglesia Católica.

Es esta voluntad de Cristo que quiere una sola Iglesia la que ha motivado, a lo largo del s. XX, el diálogo ecuménico. Se ha empezado a trabajar por la unidad a partir de actitudes básicas, como son el reconocimiento del otro y el respeto mutuo. Lo que se busca es la unidad en el amor. Unidad que no quiere decir uniformidad: que haya diversidad de tradiciones y ritos es una riqueza. Hay que ver, en este diálogo, en que modelo de unidad se está pensando (que no tiene que ser necesariamente unidad de tipo jurídico-institucional). Es en la búsqueda de este modelo en el que se mueve el diálogo ecuménico.

De cara al continente latinoamericano, un ámbito privilegiado para el diálogo ecuménico es la lucha por la justicia. Son muchos los cristianos de diversas confesiones que han sido hermanados, durante las últimas décadas, por el derramamiento de sangre, por el martirio a causa del Reino y de su justicia. Aquí es donde se hace más patente la unidad en el amor.

2.2. *Santidad*

La Iglesia está llamada a ser santa como Dios es Santo (cf. Dt 18,13). Pero la santidad de Dios es el amor y la misericordia: “Dios rico en misericordia y lento ...”. De hecho, el mandato de ser santos del Dt. es traducido, en el nuevo testamento, por ser misericordiosos a imagen del Padre (cf. Lc 6,36).

Que la Iglesia es santa quiere decir que ha sido llamada a mostrar el rostro misericordioso y compasivo de Dios. No siempre lo ha conseguido, porque es a la vez santa y pecadora. Es pecadora porque acoge pecadores en su seno. Pero está llamada a la santidad, es decir, a amar hasta el extremo, a ser compasiva y misericordiosa.

2.3. *Catolicidad*

Católico significa universal. La Iglesia ha recibido el encargo de anunciar el evangelio a todas las gentes (cf. Mt 28,19-20). Esta universalidad no es según los parámetros del mundo: no es una especie de “colonialismo” cristiano (o no lo quiere ser), ni una manera de “globalización”. Es una universalidad que acoge en su seno la particularidad de todos los pueblos. La Iglesia se hace universal asumiendo la cultura y las costumbres de todos y cada uno de los pueblos en los que se encarna.

Es una universalidad que supone una opción por los pobres. Porque está llamada a anunciar el evangelio a todos, tiene que llegar a los que son excluidos, a los que no son tenidos en cuenta... a los que para nuestro mundo “no existen”. Por eso tiene que optar de manera preferencial por ellos, porque sino no serian tenidos en cuenta. Paradójicamente, se podría invertir la frase evangélica: “a los ricos, siempre los tendréis entre vosotros” (cf. Mt

⁵ LG 8.

26,11). Nuestra Iglesia, en su manera de organizarse, su liturgia y su moral, conecta muy bien con la clase media bienestante; por eso tiene que esforzarse para salir al encuentro del pobre, por eso tiene que optar por él. Si no lo hiciera, perdería su universalidad.

2.4. Apostolicidad

La Iglesia es apostólica. Esto quiere decir que es continuidad de la comunidad de apóstoles que Jesús convocó. La apostolicidad es la nota que nos conecta con la persona misma de Jesús, por medio de los apóstoles. Y esto de dos maneras: en la doctrina y en la sucesión apostólica.

En cuanto a la doctrina: la Iglesia se siente fiel, a lo largo de los tiempos, a las enseñanzas que recibió de los apóstoles. Es verdad que las doctrinas se desarrollan a lo largo del tiempo, porque a cada generación y en cada lugar el contexto histórico cambia. El evangelio se siente llamado a adaptarse, a encarnarse, a inculturarse en todo tiempo y lugar; pero esto lo hace permaneciendo fiel a las enseñanzas de Jesús. Tradicionalmente ha sido el magisterio el que ha velado para que lo que se profesa en cada época esté en consonancia con el mensaje de Jesús. Pero, además de la fidelidad doctrinal, ha de haber una fidelidad en la práctica del evangelio: porque el mensaje de Jesús no es solo doctrina, sino doctrina practicada. Porque la verdad del cristianismo es la verdad del amor, y el amor se traduce en una praxis a favor de toda la humanidad, de manera especial hacia los pobres. La ortodoxia, para que sea tal, tiene que ir unida a la ortopraxis. De esta manera la integridad doctrinal, además del magisterio, tiene el servicio a los pobres y el mandamiento del amor como instancias para saber si se mantiene fiel al mensaje de Jesús.

En cuanto a la sucesión apostólica, ésta se conserva por medio de la sucesión episcopal. Es la manera de conectarnos con la primera comunidad y con Jesús mismo. Pero hay que añadir que no sólo es importante, para conservar la apostolicidad, la sucesión ininterrumpida de obispos, sino también la fidelidad de éstos a los sentimientos y a la manera de actuar de la Iglesia de los apóstoles.

3. El amor de Dios expresado en los sacramentos⁶

El amor de Dios se comunica a toda criatura. Es un amor transformador, liberador, que levanta al pobre de la ceniza (cf. 1Sm 2,8). Por eso el pobre lo celebra, como respuesta a esta liberación de Dios. Esto se expresa simbólicamente por medio de los sacramentos.

Estos sacramentos nacen de la Trinidad y desbordan en salvación para toda la humanidad. Jesús es el sacramento del Padre (quien me ha visto a mí ha visto al padre); sobretodo en la cruz, con el costado traspasado, es el signo más elocuente del amor de Dios. Al ser en su humanidad el revelador del amor de Dios (cf. Jn 1,18), es llamado el protosacramento. La Iglesia, en cuanto Cuerpo de Cristo, redimida por él y configurada a él, es el sacramento de Cristo: tiene el encargo de significar su presencia ante la humanidad. A la vez, la Iglesia realiza gestos liberadores, como los de Jesús, con el fin de significar la salvación que viene de él, por medio de los sacramentos.

Contemplamos esta dimensión trinitaria de los sacramentos, en un pequeño ensayo que hacemos, desde la analogía del amor: El amor del amante transforma, de alguna manera, al amado: lo hace significativo, lo libera de sus esclavitudes. A la vez el amado se alegra por el amor recibido y lo celebra, como respuesta a su amante; de esta manera se convierte en signo

⁶ No exponemos en este punto los distintos sacramentos, sino una analogía general a partir del amor que transforma a la persona amada. Para ver cada uno de los sacramentos desde una visión liberadora y cordial remitimos al artículo de Gabriel Seguí, *Los Sacramentos, signos liberadores de la ternura de Dios*; cf. también SOLER, M., *Una Iglesia Cordial*, 72-87.

del amor para terceros, en la transformación y liberación recibida,. ¿Cómo expresar esto en la historia de salvación? El Padre ama a Jesús, el Hijo. Jesús, lleno del amor del Padre, lleno del Espíritu Santo⁷, se convierte en signo de ese amor: es un hombre transformado en su manera de amar a los más pobres y a los excluidos; a la vez, responde a ese amor del Padre celebrándolo con una relación cercana e íntima, siendo capaz de llamarle “abbá”, papá. Esta relación tiene su punto culminante en el misterio pascual: El Padre ama al Hijo, crucificado por haberse jugado la vida por el Reino de Dios (el amor también tiene su parte dramática); pero el Padre lo ama por encima de la muerte, resucitándolo, liberándolo de la muerte. Por el amor del Padre (por la fuerza del Espíritu) es transformado: el que había muerto ha sido resucitado y exaltado en las alturas. Ya no muere más. La gran alegría de la resurrección y las manifestaciones de Cristo Resucitado, son la celebración que hace Jesús del amor transformador recibido del Padre en el momento más crucial. Por cierto, son una celebración elocuente, de manera que el acontecimiento pascual deviene signo de este amor ante los discípulos. A su vez los discípulos también son transformados por el acontecimiento pascual que, por cierto, es indescriptible (al menos así es presentado por los testimonios bíblicos). Sus vidas han sido transformadas: de hombres cobardes que habían abandonado al maestro en el momento más difícil, se convierten en testimonios vivos y liberados de la Resurrección. Forman así la Iglesia: esta celebra la resurrección, deviniendo así signo del amor de Dios revelado en Jesucristo en el acontecimiento pascual.

La salvación, la liberación y el amor lleno de ternura derramado por Dios a la humanidad difícilmente puede agotarse en un solo signo. Por eso la Iglesia, para diversos aspectos y momentos de la vida, celebra varios signos que expresan ese amor tierno y liberador de Dios: son los siete sacramentos. Lo mismo sucedía con Jesús: expresaba el amor liberador de Dios con muchos signos: curando enfermos, perdonando pecados, comiendo con pecadores...

4. El ministerio según Maria

En este último apartado vamos a hacer una aproximación al ministerio en la Iglesia. Tal vez en este lugar tendríamos que hablar de la Iglesia de base, del compromiso de los laicos, tema bien propio tanto de la eclesiología del corazón como de la teología de la liberación. Remitimos para este tema lo que ya se ha escrito. El interés por tratar el tema del ministerio, sin duda, nace de una motivación personal, de mi propia vivencia como presbítero; pero no se agota en el sacerdocio ordenado, porque todos hemos sido llamados a realizar un servicio (un ministerio) dentro de la Iglesia. Por eso estoy convencido que una buena vivencia del ministerio posibilita un mayor protagonismo del laicado.

El ministerio en la Iglesia se fundamenta en el encargo de Jesús de anunciar el evangelio a todos los pueblos (cf. Mt 28,19). Por encargo suyo, los cristianos actuamos en su nombre, lo representamos. En cuanto al ministerio ordenado, se dice que el ministro actúa *in persona Christi*: entiéndase como “representación”, no como sustitución; “representar” a Jesús significa hacerlo presente, posibilitar el encuentro de los fieles con Jesús, y no ocupar su lugar. Porque Jesús sigue estando presente entre nosotros “hasta el fin del mundo” (cf. Mt 28, 20).

Demasiadas veces se ha entendido este actuar “in persona Christi” como una sustitución. Entonces se sacraliza de manera excesiva la figura del sacerdote, y fácilmente se puede caer en clericalismos. El clericalismo no es otra cosa que opacar la figura de Jesús, poniendo el propio yo en su lugar. Es un exceso de protagonismo de un individuo en la tarea

⁷ En la teología trinitaria el Espíritu Santo es el amor entre el Padre y el Hijo.

que se le ha encomendado, olvidando que Jesucristo sigue estando presente y que Él es el único mediador en la salvación.⁸

Para evitar esto, no está de más tener en cuenta otras metáforas para acercarse a lo que es el ministerio, como es, por ejemplo, la función del ministro como representante de la comunidad. En este sentido, el ministro también actúa “in persona Ecclesiae”.

La metáfora que queremos utilizar aquí, sin ser ni mucho menos la principal, parte del icono de los traspasados; contemplando esta escena, nos queremos situar en el lugar de Maria, la mujer que contempla al traspasado, como un lugar desde donde vivir el ministerio. En este sentido, el ministro puede también actuar “in persona Mariae”.

Maria es la mujer abierta a la palabra. Permanece fiel a su Hijo, sobretodo en el momento más difícil, en la cruz. Ella no es la protagonista de la historia: el protagonista, el que nos trae la salvación, es Jesús crucificado. Ella lo contempla, y lo acompaña en el dolor. No es una contemplación pasiva, porque ella se implica en lo que está pasando; ha tenido el valor de permanecer de pie junto a la cruz. Su silencio es elocuente, significativo, testimonial.

Hoy en día se sigue crucificando al Hijo en los crucificados de la historia. Si la humanidad puede aportar algo a la salvación es, precisamente, en el sufrimiento de los traspasados, completando lo que le falta a la cruz de Jesucristo (cf. Col 1,24). Si alguien es el protagonista de la historia de salvación, son ellos, las víctimas de la historia. ¿Cuál es la tarea del ministro? Acompañar el dolor sufriente, estar junto a los crucificados, contemplarlos. El ministro que actúa así sabe que no es el protagonista, que la salvación viene de mano de otro, el Traspasado, que se hace presente en los traspasados. Él, solamente, lo acompaña. Lo acompaña valientemente, jugándose la vida por estar al pie de la cruz. No es una postura pasiva, porque su testimonio de permanecer fiel junto a los crucificados es un testimonio que apunta hacia donde está la salvación de la humanidad: no en los vencedores, sino junto a la Cruz de Jesús, junto a las víctimas, junto a los traspasados.

Bibliografía

- AA.VV., *Contemplar al que traspasaron. Teología y praxis desde el corazón*, Misioneros de los Sagrados Corazones, Santo Domingo 1990.
- CODINA, V., *Para comprender la ecclesiológia desde América Latina*, Verbo Divino, Estella 1990.
- RAMOS VALDEZ, A.A., *El Costado Traspasado. Sangre y agua para la Vida*. (Relectura de Jn 19,31-37), Cuadernos Muraho n. 29, Madrid 2003.
- SEGUÍ I TROBAT, G., *Los sacramentos: signos liberadores de la ternura de Dios*, a *Proyecto* n. 35, Buenos Aires 2000, pp. 71-101.
- Sobrino, J., *Jesucristo liberador*, Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret, Trotta, Madrid 1997 (3ª ed.).
- SOLER PALÀ, M., *Una Iglesia Cordial. Iniciación a la ecclesiológia*, Amigo del hogar, Santo Domingo 1999.

⁸ En ese sentido deberíamos erradicar esa concepción de mal gusto que dice que los sacerdotes llevan a las almas al cielo. El único que salva (y no sólo al “alma”, sino a toda la persona) es Jesucristo.